

Violencia fundamental¹

(El apuntalamiento instintivo de la pulsión libidinal)

Jean Bergeret

La evocación de las tres variedades de los *sueños típicos*, tal como es presentada por Freud en *La Interpretación de los sueños*, resume perfectamente la historia de Edipo: el sueño de la desnudez evoca la exposición sobre el Citeron, o sea el infanticidio; el sueño de muerte de los seres queridos evoca el parenticidio y el fratricidio; el sueño de examen evoca finalmente el saber genital (incesto y castración) que corresponde a la segunda prueba a la que es sometido Edipo, en el segundo oráculo, en el segundo tiempo del Edipo, y también a la segunda muerte de la madre-esfinge.

Es entonces en el capítulo V de *La interpretación de los sueños* (y sólo en ese momento del conjunto de su obra) que Freud nos expone las diferentes fases de la tragedia de Sófocles, de una manera extremadamente fiel a la totalidad de la verdadera historia *de todos los niños del mundo* resumida en el mito de Edipo.

En 1900 en efecto Freud describe, *sin error ni omisión*, cómo Sófocles concebía los orígenes imaginarios del drama edípico, es decir la existencia de una doble fantasía constituyendo la condición necesaria y suficiente para la puesta en movimiento de la máquina infernal ubicada en el corazón del drama: por un lado, la fantasía traduciendo la intención de Edipo de matar a sus padres y, por el otro lado, la fantasía

¹ Fragmentos de una conferencia presentada delante de la SPP el 18 de noviembre de 1980 y de una obra de próxima aparición (Paris, Edit. Dunod, 1982).
Publicado en la *Revue Française de Psychanalyse*, N° 6, 1984.

traduciendo la tentación de los padres de Edipo de exponerlo a la muerte.

Sin omisión, ya que Freud nos muestra que se trata a la vez de una intención prestada a Edipo la de eliminar a sus *dos* padres, y de una tentación que emana de *los dos* padres de poner a Edipo fuera de cualquier posibilidad de dañarlos haciéndolo conducir sobre el Citeron para ser matado (verso 1174, trayendo el testimonio del pastor).

Sin error, ya que Freud no procede de ninguna manera, en este texto, a falaces desplazamientos de los términos ni de las escenas constatados tan a menudo ulteriormente (y en Freud mismo) y consistentes por un lado a prestar, ya desde este estadio, intenciones incestuosas a Edipo y por otro lado a hacer aparecer a Layo, solamente, como padre amenazado y amenazador.

Más aún, en este pasaje de *La interpretación de los sueños*, Freud nos puntualiza que el drama de Sófocles se presenta *como una revelación progresiva y hábilmente mensurada, comparable en todo a un psicoanálisis*.

Pero, desde 1906, en su artículo sobre los personajes puestos en escena en el teatro (artículo que conoció la suerte bastante curiosa que se sabe ligada a las fobias del pequeño Hans), Freud sufre una singular represión de lo que acababa de percibir: se lo ve desexualizar por un lado los elementos que había entrevisto como estando en el origen del rito sacrificial y, por otro lado, abandona curiosamente la riqueza simbólica del personaje de Edipo para interesarse en Ajax, en Filocteto y sobre todo en Hamlet, del que nos dice que el conflicto profundo está tan escondido que tuvo que contentarse con adivinarlo. Y sin embargo Freud señala que en todo drama clásico no debe suceder que *la noción que intenta devenir consciente sea llamada claramente por su nombre, siendo fácilmente reconocible*.

* * *

El drama de Edipo se divide en varios episodios:

El primer episodio concierne al nacimiento de Edipo en Tebas y el oráculo inicial sobre el cual retornaré más adelante.

El destino de Edipo es, desde el inicio, monstruoso.

El segundo episodio es la consecuencia del oráculo inicial; es el Citeron: Edipo debe ser asesinado para evitar asesinar a sus padres.

El tercer episodio, es el plasmado del drama en pensamientos latentes, bajo la forma de una “novela familiar” destinada a desplazar, a evitar, a clivar la situación familiar fijándose sobre el contenido manifiesto de la relación con los dos padres adoptivos, ideales y reales (Nota de trad.: “reales” en el sentido de pertenecientes a la realeza), con los cuales la violencia no es cuestión. Sólo la ternura puede tener curso libre.

El cuarto episodio estalla en un cielo tan sereno como el golpe del trueno que introduce súbitamente el cuarto movimiento en la sinfonía pastoral: es el borracho que increpa denunciando la futilidad de la novela familiar y obligando a Edipo, por intermedio del segundo oráculo, a poner en obra lo tomado en cuenta imaginariamente que Freud nos describió como correspondiendo a la entrada en el famoso complejo.

Es la primera vez, en el encadenamiento concebido por Sófocles, que se trata realmente de matar al padre *para* desposar a la madre.

El quinto episodio evoca la fantasía parricida efectuada en el cruce (tan femenino) de las tres rutas. Existe la posibilidad de ver en esta fantasía parricida la realización de los dos oráculos a la vez: matar al padre rival sobre el plano del narcisismo primitivamente secundario, en la misma medida que matar al padre genital, rival en tanto que esposo de la madre.

El sexto episodio toca a la más innombrable de las fantasías, la fantasía del matricidio; es por lo que no solamente no se encuentra nunca esta fantasía evocada en Freud, sino, inclusive en Sófocles, su evocación está construida clivándolo en dos fracciones en este sexto episodio en el que (como he mostrado en el Congreso de Lyon en 1971) Edipo combate la imagen felina-femenina y fálica de la madre: la Esfinge que plantea a Edipo preguntas sobre los lazos existentes entre ellos dos; lo que está en juego en las respuestas es la muerte de uno o del otro. Se trata en consecuencia de la primera mitad de la evocación del matricidio; la otra mitad de la verdad de este punto se sitúa al final del drama en el episodio pseudo-suicida de Yocasta del

que hablaré más adelante.

Esta fantasía irrepresentable del matricidio queda, la mayoría de las veces a menudo, innombrado en el lenguaje manifiesto ya que, aún en la actualidad, en la prensa, bajo el título “Un hijo mata a su madre”, se lee habitualmente en el primer subtítulo “El parricidio fue frenado”...

El séptimo episodio no plantea ningún problema de representatividad, es el casamiento y el trono de Tebas.

El octavo episodio es el primero que se encuentra directamente vivido en la pieza de Sófocles; se trata de la peste y de sus consecuencias: es la anamnesis de lo pasivo ocultado, el análisis del contenido latente del sueño, el levantamiento de la represión; las representaciones liberadas no conducen solamente hacia lo genital, sino sobre toda la violencia también, violencia sobre la que lo genital se había apuntalado psicogenéticamente.

En el último y décimo episodio, en una de esas manifestaciones geniales de lucidez del que se mostró muchas veces capaz de alcanzar, el mito nos describe una reacción que no desmentiría en nada a los psicomatistas contemporáneos ya que, falto de poder mantener la represión psíquica para luchar contra su deseo de ver, Edipo se enceguece físicamente.

En cuanto al *noveno episodio*, la segunda parte del asesinato de Yocasta, es decir del matricidio, camuflado como suicidio, no hay duda para un cierto número de autores que pusieron el acento sobre la manera muy hábil en la cual Sófocles condensó la violencia y el amor en una evocación velada del último rapport brutal y mortal entre el hijo y la madre, es decir la manera en la cual Edipo derriba, blandiendo la espada, las puertas de Yocasta (verso 1261).

* * *

Quisiera ahora retornar a un verso que me parece esencial para comprender el contenido latente del imaginario edípico; se trata del verso 1176 que atrajo ya más de una vez la atención de los exégetas (nota de la trad.: línea escrita en caracteres griegos), lo que se traduce, palabra por palabra, como: *tener la intención de matar, él, los padres, tal era la*

sentencia.

La importancia y el interés de este verso se sitúan en su *doble sentido* posible, como en todos los oráculos, como en todos los sueños... Me parece necesario escuchar, a través de su significante, lo que este oráculo quiere decir en varios niveles:

1) Se trata de una proposición infinitiva que comporta un doble acusativo; es por lo tanto imposible determinar quién es el sujeto y quién es el complemento de objeto directo ya que uno y otro se hallan declinados en acusativo; se trata potencialmente tanto para el niño de matar a sus padres como para los padres, de matar al niño.²

2) Se trata de un infinitivo futuro, correspondiente en griego a la vez al infinitivo *absoluto* y al futuro de *intención*. Se trata entonces de una puesta en acción universal que concierne al imaginario como en la fantasía primaria y como en el sueño típico.

Sabemos lo que Freud nos enseñó sobre los sueños típicos, en particular sobre los sueños que conciernen a la muerte de los padres.

3) El oráculo inicial no hace todavía ninguna alusión, ni directa ni indirecta, al incesto. Solamente el segundo oráculo, el del cuarto episodio, que sobreviene en el momento en que Edipo sale de su latencia en Corinto, implica la ineluctabilidad del incesto.

4) El oráculo inicial no conduce más que sobre la *intención* y sobre la *violencia*. No es cuestión ni de amor ni de odio, sino de la simple ley del sobrevivir primario: es él o ellos, ellos o él.

5) El oráculo inicial conduce sobre la violencia ejercida por los *dos* padres a la vez. En el verso 1173, el pastor testimonia sobre las intenciones *infanticidas* en Yocasta siendo que hasta allí no se conocía, según los dichos de Yocasta, más que la intención de Layo de desembarazarse de Edipo.

En Sófocles el infanticidio decidido por el padre es puesto en primer lugar; la violencia fundamental infanticida es retomada en cuenta por la rivalidad genital y parece, para la

² D. Van Der Sterren, *Oedipe*, PUF, 1976, pp.103-104; Y. Bres, *Sophocle psychanalysé*, in *Psychanalyse à l'Université*, 1977,2, n° 76, pp.351-362.

censura del consciente y del público, más tolerable en este punto; pero en Sófocles, el infanticidio de origen materno es sin embargo muy claro, aunque tardíamente, evocado; después de haber intentado hacer cargar toda la responsabilidad al padre, Yocasta misma es denunciada por el sirviente al que ella ha personalmente ordenado la exposición a la muerte de Edipo.

Freud no pudo ir hasta allí en las consideraciones que lo condujeron a sus elaboraciones. Sin embargo, en sus *Estudios sobre la histeria* hace dos veces alusiones a las fantasías infanticidas de Emmy von N. y en *La Interpretación de los sueños* admite haber escuchado decir a una madre (podemos preguntarnos cuál) que había deseado vivamente la muerte de su niño, “*en un momento*, dice él, *de gran tristeza*”, lo mismo que Sófocles hacer decir a Edipo, a propósito de su madre y en el momento en que se entera del asunto: “*La pobre mujer!*”.

6) El oráculo inicial conduce sobre la violencia ejercida sobre los *dos* padres. En el drama de Sófocles el matricidio es tanto evocado en la misma medida que enmascarado. El matricidio no es nunca considerado por Freud. Se trata verdaderamente del más inexpresable de los pensamientos latentes. Como Edipo, el espectador o Freud no deben ver nada en ese sentido. La escotomización física, reemplazando a la escotomización psíquica, es esencial en este asunto.

Apoyándose, como D. Anzieu³, sobre las investigaciones de M. Delcourt, A. Green recuerda en *Un oeil en trop*⁴ que la puesta en escena matricida pertenece a las inscripciones legendarias más arcaicas, pero que esta representación ocupa un lugar completamente aparte, bien ocultada y no ligándose a ningún ritual visible.

La formidable ambigüedad fundamental vivida entre los padres y el niño, desde los primeros momentos de la concepción imaginaria de este último, es tomada en cuenta en un cierto nivel por los autores kleinianos, del mismo modo que los sociólogos contemporáneos o los psiquiatras de niños comienzan a cuestionar la existencia de los dulces paraísos fantaseados bajo la cobertura de las nociones “de instinto

³ Edipo antes del complejo, en *Les temps modernes*, n° 245, octubre 1966, pp.675-715.

⁴ Ed. de Minuit, Paris, 1969.

maternal” o de “instinto filial”.

El problema esencial no me parece para el psicoanálisis el negar la existencia de eventuales instintos maternales o filiales, sino de ver, por un lado, a partir de qué unos tales “instintos” estarían constituidos y de buscar por otro lado, si no existen otras formas de relaciones mucho más primitivas establecidas y *en los dos sentidos* entre los dos padres y el niño, a partir de la forma más arcaica del instinto de sobrevivencia engendrando automáticamente la fantasía de la eventualidad de la muerte del otro como condición de la propia sobrevivencia.

Es necesario que precisemos en fin que lo que interesa antes que nada al psicoanalista sigue siendo el status del niño imaginario o del padre imaginario y no el status que reviste el niño o el padre para el sociólogo, el jurista, el partero o el pediatra.

J. Laplanche y J.-B. Pontalis, al final de su estudio sobre la naturaleza de las fantasías llamadas “originarias”, llegan a un impasse; después de haber mostrado muy claramente que a fin de cuentas las tres fantasías llamadas “originarias” clásicas genitales (seducción, escena primaria y castración) no corresponden más que a fantasías sobre los orígenes, estos autores terminan el artículo con un pedido de ayuda dirigido a la filosofía para ir más lejos inclusive, en dirección de lo que presienten como pudiendo constituir fantasías realmente primitivas.

En tanto que psicoanalistas, delante de un bloqueo en nuestra investigación, nuestra problemática específica nos obliga a emitir la hipótesis de una resistencia afectiva del investigador más que aceptar de entrada la idea de una sola insuficiencia de nuestra metodología.

Me parece posible, manteniéndonos en una metodología rigurosamente psicoanalítica, y apoyándonos sobre las conclusiones de J. Laplanche y J.-B. Pontalis, avanzar un poco más lejos, remontándonos en la psicogénesis, del lado de las formaciones imaginarias más primitivas.

* * *

En su artículo sobre *La novela familiar* (1909), Freud precisa que el primer tiempo de la novela familiar es un

tiempo *asexual* y que el tiempo genital no sobreviene más que secundariamente y de manera más tardía.

En su trabajo sobre las *Teorías sexuales infantiles* (1908) Freud nos muestra que en el origen de las escenificaciones sexuales infantiles la sexualidad misma se encuentra reducida a aspectos puramente fálicos marcados por la violencia y la necesidad de dominar al objeto por la fuerza.

No se trataría de oponerse a la teorización freudiana en lo concerniente al rol de la genitalización ni al lugar acordado, con toda justicia, por Freud a la sexualidad infantil cuando considera el modo de organización efectuado bajo la primacía del Edipo como situado en la cima de la jerarquización de los diferentes y sucesivos grados de elaboración del funcionamiento mental humano.

Pero parece interesante intentar verificar o desmentir la hipótesis que propone la existencia de otras estructuras más primitivas (en el sentido de las *Preestructuras* de Bion, las *Preformas* de Ajuriaguerra o las *Preconcepciones* de L. Grinberg, o bien los *Instintos fundamentales* de P. Marty), estructuras sobre las cuales se podría apuntalar el modo de organización genital, como Freud mismo no dejó de considerarlo desde la primer edición de *Tres Ensayos* (1905), cuando describió las pulsiones sexuales como apuntalándose sobre lo que él llama entonces *pulsiones de autoconservación*, es decir pulsiones ligadas esencialmente a la lucha por la vida, es decir a una forma fundamental de violencia que no incluye ni amor ni odio.

En su artículo poco citado sobre *La guerra y la muerte* (1915) Freud precisa ciertos temas presentados en *Tótem y Tabú* que conducen hacia una tentación natural de matar, presente en todos los individuos en los orígenes del inconsciente. Freud nos muestra que lo que llama *el hombre primitivo* (es decir, el inconsciente primario) *no experimenta el menor escrúpulo ni la mínima hesitación en causar la muerte*, que éste mata *voluntariamente como lo más natural del mundo*. Freud piensa que la *culpa primitiva*, cara a las secundarizaciones religiosas, extraería su origen de esta inscripción inconsciente.

Los fantasmas genitales, llamados “originarios”, ordenan un sentido, un valor operatorio a *elementos estructurales*

primitivos innatos del orden de lo *Presimbólico* (según la denominación de J. Laplanche y J.-B. Pontalis), aportados genéticamente por el niño, que van a verse atraídos, hechos eficientes, en el registro genital en el encuentro con *modelos* parentales.

Bion, en particular, habla de *preconcepciones expectantes* no saturadas, que tienen un carácter innato y pueden en adelante desarrollarse de diversas maneras.

Es interesante por otro lado comparar tales conceptos psicogenéticos con los trabajos efectuados por los etólogos como L. Prieto en Ginebra o J. Cosnier en Lyon; éste último habla de *la epigénesis interaccional* de estructuras nuevas resultantes del juego recíproco de los elementos estructurales internos y de los modelos exteriores, a partir de las estructuras preexistentes y dirigiéndose hacia estructuras cada vez más complejas.

Los psiquiatras infantiles han descrito qué torrentes de violencia pueden ser volcados tanto por la madre hacia el niño, como por el niño hacia la madre. Se sabe que la mayoría de las madres o de los niños no son con todo psicóticos o perversos. Al contrario, se va haciendo evidente, cada vez más claramente, que cualquier madre puede ver reactivarse en ella, de manera consciente o no, representaciones violentas e infanticidas arcaicas haciéndolas incapaces de jugar un rol de alguna manera de para-excitación y de libidinización integrativa de origen maternal.

El conjunto de estos movimientos constituirían una actividad fantaseada primaria, autónoma y precoz, que se traduciría por un lado y por otro por los fantasmas de infanticidio y de matricidio escotomizados a continuación en las situaciones relacionales normales.

La teoría freudiana de las pulsiones siempre estuvo muy claramente centrada sobre la noción de libido; esta teoría bajo sus enunciados sucesivos, buscó mostrar una prueba de coherencia en la elección de las parejas pulsionales antagonistas propuestas, pero se puede reconocer por otro lado que se manifestó una cierta incertidumbre o precariedad, a través de las diferentes épocas de elaboración, en la elección de Freud

⁵ Naturaleza y función de la fantasía, *El psicoanálisis*, V, 1960.

de los antagonistas de la libido.

No entro aquí en los detalles que conocemos, pero es fácil percibir que las variaciones de la teoría freudiana de las pulsiones están destinados a tratar de rendir cuentas de manera esencialmente *sincrónica* de una dinámica pulsional sometida a un incontestable *movimiento diacrónico*.

Freud se interesó mucho más, por razones sin duda epistemológicas, en diferentes simultaneidades de oposición que en la sucesión de puestas en juego pulsionales y las modalidades fantaseados correspondientes.

Para quedarse dentro de la escucha psicoanalítica, nos es necesario reconocer que Freud considera la pulsión como no pudiendo jugar un papel más que a partir de estructuras fantaseadas preexistentes y S. Isaacs (1952)⁵ insiste sobre la reversibilidad total de los roles atribuidos al sujeto y al objeto en relación a la acción violenta presente en toda puesta en escena fantaseada primitiva, tal como lo hemos visto más arriba en ocasión del verso 1176 del *Edipo* de Sófocles (el del doble acusativo). S. Isaacs se detiene en la fantasía *devorado/ser devorado*, pero es evidente que las cosas son más claras todavía hablando de *matar/ser matado*, dicho de otro modo en la reversibilidad de las fantasías parenticidio/infanticidio.

En 1915 Freud se pregunta nuevamente qué es lo que distingue instinto de pulsión y qué es lo que puede existir en el hombre como estructura fundamental, de eficacia dinámica elemental, y que corresponda al *instinto* tal como es encontrado en los animales.

Al final del capítulo VI de *Lo Inconsciente*, Freud habla de formaciones psíquicas heredadas, que constituyen el nódulo del inconsciente, al que van a venir a agregarse los numerosos elementos reprimidos en el curso del desarrollo infantil. Y en los tres últimos párrafos, agregados en 1918 a la observación de *El hombre de los lobos*, Freud enuncia la hipótesis de un verdadero *presentimiento* actuando de manera análoga al saber instintivo y tan extendido encontrado en los animales. Se trataría de una suerte de actividad mental primitiva destinada a ser *destronada y recubierta* por lo que sigue luego. Y Freud aconseja entonces no recurrir a la hipótesis biológica sino después de haber agotado todas las explicaciones psicológicas.

Para Freud serían formaciones imaginarias arcaicas que corresponderían en el hombre al instinto de los animales y no a las “pulsiones” tal como las definió en otro lado bajo ese nombre.

En los *Tres ensayos* (1905), en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (1913), en *Las pulsiones y sus destinos* (1915), en la nueva edición de 1915 de los *Tres ensayos*, así como en *Más allá del principio de placer* (1920), Freud supone la existencia de una pulsión particular, el *Bemächtigungstrieb*, que Grunberger propuso en 1959 traducir bajo los términos de *pulsión de dominio*, mostrando que se trataba de una “posición fundamental” que reconectaba con la relación objetal anal y que correspondía a un fin en sí mismo; el haz genital integraría más tarde esta tendencia pudiendo modificarla una vez lograda la integración.

Desde 1897 Freud habla de una “crueldad originaria” dirigida hacia los dos padres, y luego la hace derivar hacia los hermanos.

En 1905 Freud vuelve a hablar de esta crueldad primitiva referida a la pulsión de dominio y que no tendría por fin el sufrimiento del otro, sino simplemente no lo tendría en cuenta y sería completamente independiente de la sexualidad.

Cuando se opone al *instinto innato de agresión* de Adler, Freud sostiene (Hans) que no existe otra pulsión autónoma que la libido o las pulsiones del Yo, pero que se puede concebir un componente violento primitivo como estando en el origen de las pulsiones definidas de ese modo.

La misma propuesta es planteada en 1915 a propósito de una violencia dominadora anterior al sadismo, diferente de la agresividad y de la cual el fin original no es para nada hacer sufrir al objeto; Freud precisa que en este estadio del desarrollo imaginario no se puede verdaderamente distinguir ni amor ni odio y que no es más que tardíamente, con la organización genital, que el odio deviene antagonista del amor.

Es en 1915 igualmente, en un artículo ya citado sobre *La guerra y la muerte*, que Freud evoca una evolución del imaginario humano que se produce bajo la influencia del entorno y a partir de elementos brutales arcaicos.

En 1919 (*Pegan a un niño*) Freud estima que las diferenciaciones ulteriormente surgidas entre las orientaciones

pulsionales tienden a fundirse al aproximarse a su fuente y que entonces no se reconocen esas orientaciones pulsionales ni como sexuales ni como sádicas, sino como proviniendo de una misma sustancia de la cual esas dos vectorizaciones nacerán más tarde.

En 1926 (*Inhibición, síntoma y angustia*) Freud describe una representación fantaseada precoz de un peligro objetal que pone en cuestión la vida del sujeto y constituye una suerte de defensa congénita contra el peligro exterior (o sea parental?) tan netamente desarrollado en los animales. Esta formación imaginaria innata sería el prototipo de todas las representaciones fantaseadas ulteriores que implican un peligro para el sujeto.

Ya en 1922 K. Abraham (*La araña*) había insistido sobre las fantasías primarias violentas existentes entre la madre y el niño. En 1924 (*Historia del desarrollo de la libido*) describe su primer *etapa preambivalente* como ligada a un objetivo de ataque del objeto y a representaciones fantaseadas de violencia y de miedo.

Los autores kleinianos retomaron el estudio de las fantasías violentas muy precoces y los miedos del niño pequeño de ser la víctima de representaciones parentales aterradoras, y esos autores ponen en evidencia la propia violencia del niño proyectada sobre los padres en este período; muestran que la violencia no negociada, no integrada en el impulso libidinal, puede conducir a actitudes que incluyan la destrucción del objeto y se continúen en el adulto en tendencias criminales o asociales. Para M. Klein, el nódulo violento primitivo no desaparece jamás; o bien se integra a la libido para conferirle su poder, o bien integra una parte de la libido libre para dar nacimiento a la agresividad y al sadismo verdadero.

Pero son sobre todo los trabajos de I. Hendrick (1942-1943) que han desarrollado más extensamente el concepto freudiano de una pulsión de dominio entendida como innata, asexual, no agresiva, no transformándose en sádica una vez sexualizada, ligada a un origen hereditario que empuja a la acción por razones vitales.

La violencia fundamental se apoya en efecto en su origen sobre puestas en escena en todo precoces tales como “el otro o uno mismo”, “él o yo”, “sobrevivir o morir”, “sobrevivir al

riesgo de tener que matar al otro”, sin intención neta de destruir específicamente a este otro. Nos encontraríamos más bien en el terreno de un *instinto de sobrevida*, o sea muy cerca de lo que Freud describió sucesivamente como “pulsión de autoconservación” e “instinto de vida”.

S. Leclaire nos recuerda que la fantasía de la muerte del niño es verdaderamente insoportable en tanto que traduce la puesta en escena de uno de los más secretos y los más profundos de nuestros deseos; el horror ligado al parricidio sería bastante menos molesto ya que está mucho más secundarizado. *Matan a un niño* puede aparecer como la más originaria de las fantasías, estima S. Leclaire, ya que se trata de eliminar la representación del niño todopoderoso, o de otro modo *Edipo el tirano* (llamado “Edipo Rey”), es decir el deseo de la madre reinvestido por el niño a la vez como cuerpo extraño en él y como nudo central de su ser.

La fantasía de matricidio se sitúa, en mi opinión, en articulación estrecha con la fantasía de infanticidio concebido de este modo; aparece tanto como primario y como considerablemente irrepresentable.

* * *

En general, las críticas de los trabajos de R. Girard fueron bastante severas, pero este autor parece sin embargo haber puesto en evidencia algunos puntos importantes mostrando que la angustia de castración recubre, además de lo que decimos habitualmente, el miedo de los humanos que los mitos intentaron siempre disimular, es decir la representación de la violencia fundamental; para él, la sexualidad se sitúa en continuidad lógica de la violencia primitiva de la que también constituye una máscara al mismo tiempo que una forma de revelación; *Tótem y Tabú*, *Moisés y el monoteísmo*, en la medida en que el concepto de instinto de muerte correspondería en Freud a la evocación de una etapa hacia el retorno de un reprimido primario anterior al reprimido sexual; el sujeto, habiendo logrado correctamente su Edipo, incluso si existen conflictos en ese nivel, sería el que ha podido realizar *en el seno de la economía genital triangular* la integración de los

datos esencialmente violentos de su reprimido primario.

* * *

Sería demasiado osado preguntarse si esta dificultad en tomar en cuenta la puesta en escena imaginaria de la violencia primaria fundamental bajo la forma del infanticidio y la imposibilidad de representarse las fantasías de matricidio no tuvieron algún peso en las dificultades encontradas por Freud a propósito de la sexualidad femenina en general y del Edipo femenino en particular.

Freud, como tantos exégetas de la tragedia griega, no buscó analizar el rol primordial arcaico y latente actuado por Yocasta.

En el nivel manifiesto expresado en el discurso literario habitual, es sorprendente en efecto ver el número de traducciones inexactas del drama de Sófocles disminuyendo sistemáticamente el rol de Yocasta.

Sófocles pone en primer lugar, como en una fantasía o como en un sueño edípico, un contenido manifiesto parricida e incestuoso mientras que el contenido latente que aparece aquí como de orden matriarcal y que el personaje más eficaz del drama sigue siendo la madre (en el Citeron, en la roca de la Esfinge, como en el dormitorio real). Dicho de otro modo, la madre infanticida es matada por el niño, tanto como la madre amante y amada.

En el verso 998, Edipo declara que mientras su madre viva no podrá conocer otra cosa que la angustia; esta angustia debe ser tomada, también ella, en el doble sentido de autoconservación, en consecuencia de violencia vital recíproca, tanto como de amor y de incesto.

Hemos sobrevivido (y sobreviviremos todavía algún tiempo) no por haber matado a nuestros padres, nuestros hijos o nuestros hermanos, sino solamente según nuestras capacidades de integración, en el impulso positivo de la relación amorosa, de la potencia de nuestra violencia primera.

Nuestro rol, en tanto que psicoanalistas, de catalizadores de la integración de las *triebregungen* (tanto como nuestro rol de parteros de las distocias del imaginario libidinal y edípico),

no puede ser sostenido más que en la medida en que habremos puesto *antes* al día en nosotros mismos nuestras propias dificultades y nuestras propias fallas integrativas primitivas.

A partir de todo lo que acaba de ser evocado, me parece posible sostener la hipótesis de que existirían formaciones fantaseadas inconscientes mucho más arcaicas que las fantasías llamadas clásicamente “originarias”. Estas formaciones habrían nacido de la conjunción operada muy precozmente entre elementos estructurales hereditarios y modelos imaginarios propuestos por el adulto, la madre en particular, para atraer y fecundar esos elementos estructurales del sujeto, y permitir así la elaboración de las primerísimas fantasías.

Estos elementos estructurales innatos (puestos en evidencia por el hecho de que el recién nacido aparece como dotado de ciertas capacidades y no puede ser considerado como una *tábula rasa*) serían portadores de *inscripciones presimbólicas* no articuladas aún, no eficientes aún, no operatorias aún.

Los primeros elementos estructurales, articulados en fantasías por los modelos imaginarios maternos, incluirían representaciones que pondrían en escena una dominación del objeto por la violencia, tanto del lado parental como del lado infantil, lo que daría nacimiento a un impulso instintivo de violencia, desprovisto tanto de amor como de odio, sin siquiera tener mucho en cuenta los sufrimientos eventuales de un objeto específicamente investido.

Las primeras formaciones fantaseadas, comportarían en la misma medida puestas en escena de parenticidio, tanto como de infanticidio y de matricidio, en la misma medida que de parricidio.

En un segundo tiempo, las inscripciones presimbólicas edípicas, igualmente innatas y contenidas, ellas también, en los elementos estructurales con los que llega el niño, se verían a su vez articuladas en fantasías edípicas que abrirían el camino a las elaboraciones genitales auténticas que integrarían lógicamente el dinamismo de la violencia fundamental en una óptica a la vez libidinal y objetal.

Si no, el movimiento inverso se produciría y es la violencia que retomaría a cuenta suya fragmentos dispersos de libido para dar lugar a elaboraciones imaginarias de agresividad, de sadismo o de masoquismo. Por supuesto, en la práctica, los

dos movimientos coexisten siempre, pero diferentes casos de figuras (más o menos patológicas) pueden encontrarse según las relaciones de fuerza existentes entre las investiduras en presencia, y la elección de lo que va a constituir, como lo muestra P. Marty, la cadena central evolutiva de la personalidad.

Las consecuencias teóricas y clínicas de estas hipótesis parecen importantes.

Ponen en guardia contra una simplificación bastante a la moda que consiste en pensar lo llamado *pregenital* en términos de pura regresión a partir de lo genital o en términos de Edipo negativo o de contra-Edipo, lo que se muestra válido en la clínica, pero no puede sin embargo llevarnos a ocultar, desde el punto de vista de la reflexión teórica, el orden real de las sucesivas elaboraciones imaginarias.

Partiendo del esquema de la epigénesis interaccional, parece posible delimitar de una manera más dinámica la parte relativa a las bases fundamentales recibidas y a las carencias del entorno en el curso de la evolución relacional del niño. Quizás podríamos comprender mejor de ese modo de qué lagunas del entorno, más que de verdaderas regresiones, pueden sufrir una masa tan grande de no estructurados contemporáneos. Les faltan modelos imaginarios parentales suficientes para hacer operatorios los elementos estructurales simbólicos edípicos que sin embargo poseen; sólo se encuentran los elementos estructurales violentos invadiendo su imaginario, sin recuperación posible en el seno de una elaboración bajo la primacía de lo libidinal.

* * *

Sería sin duda posible investigar igualmente cuál es la parte atribuible a la violencia fundamental individual no integrada (y por contrario, directamente reactivada sin mediación libidinal), o dicho de otro modo la parte jugada por la dialéctica elemental del “él o yo”, en la ocasión de las grandes crisis colectivas constituidas por las guerras, las revoluciones, las luchas entre las clases sociales o entre etnias, los enfrentamientos entre generaciones o (por qué no también)

entre diferencias anatómicas genitalmente no integradas entre los sexos.

No se trata para mí de cuestionar la importancia de la etapa edípica clásica en la constitución definitiva en el adolescente de la dinámica imaginaria, sino de mostrar las dificultades que encontramos, como el héroe de Sófocles, para integrar los elementos todavía pre-ambivalentes y fundamentalmente violentos que constituyen las primerísimas formaciones de la elaboración imaginaria libidinal de tipo clásico, en una fantasmática vuelta a vuelta oral, anal, fálica y genital.

* * *

Como conclusión de todos estos comentarios, y a pesar de que la agresividad no pueda constituir una pulsión, me pareció posible precisar cuatro niveles de diferencia entre la noción de *agresividad* tal como la concibe la teoría psicoanalítica y la noción de *violencia fundamental* tal como la sostengo en mi hipótesis:

1) La agresividad tiene como objetivo dañar al objeto, eventualmente destruirlo. La violencia fundamental se interesa antes que nada por el sujeto, por su conservación. La suerte del objeto aparece como muy secundaria.

2) La agresividad es considerada en sus alternativas de unión y de desunión con la libido, es decir según los grados de logro de la ambivalencia afectiva.

La violencia fundamental no toma en cuenta todavía la ambivalencia; no connota ni amor ni odio; se sitúa como pre-ambivalente.

3) A partir de 1920 la agresividad (bajo sus diferentes formas) se considera que emana pulsión de muerte, entidad bien compleja. La violencia fundamental se ligaría primitivamente, al contrario, a los instintos de vida.

4) La agresividad no puede ser captada, según Freud, más que en su unión con la sexualidad, o sea en un sentido a la vez sincrónico y sintónico.

La violencia fundamental se considera como asegurando (en un sentido diacrónico) un apuntalamiento dinámico utili-

⁶ Cf. J.-L. Donnet et A. Green, La psychose blanche, en *L'enfant de Çà*, Paris, Ed. De Minuit, 1973.

zable en provecho de la sexualidad. Podríamos decir quizás que la noción de “violencia fundamental” se ubicaría muy cerca de lo que numerosos autores anglosajones designan bajo el término de *agressiveness*, en relación al sustantivo *agressivity* que sería, por el contrario, concerniente al hecho de buscar dañar al objeto.

No me parece sin consecuencias técnicas el hecho de determinar (o no) lo que puede corresponder en la trama imaginaria genital a los “vacíos”, a carencias de integración simbólica, por un lado, o al contrario a nudos de conflictualización intrínseca, por otra parte⁶.

Los elementos sobre los cuales tenemos que orientar nuestras interpretaciones no nos permitirán escapar a la simple repetición, a menos que le demos juiciosamente a cada cosa la parte que le corresponde. No me parece posible analizar los elementos sobre los cuales descansa el impulso violento fundamental no resuelto negando la existencia de fantasías inconscientes todavía activas sobre las cuales se basa y reduciéndolas a efectos de contra-investidura libidinales; parece útil, en un primer tiempo, buscar sobre todo a cuáles *carencias* de integración de modelos violentos del entorno (mucho más que a simples conflictos ya verdaderamente internalizados y verdaderamente triangulares) suceden las dificultades de elaboración precoces edípicas puestas en evidencia en el síntoma.

Me parece que es así solamente que llegaremos a desbloquear los elementos estructurales edípicos latentes e insaturados que existen forzosamente en el presimbólico individual de algunos pacientes y a hacer capaces a estos pacientes de utilizar, en el curso del análisis, modelos más eficientes de epigénesis que van a descubrir poco a poco bajo la protección de la relación transfero-contratransferencial.

* * *

Parece difícil rendir cuenta de la génesis de la posición femenina (en uno y otro sexo) y del Edipo femenino, si se escotomiza el imaginario violento, primitivo, universal, que lleva a las representaciones del infanticidio y del matricidio.

Pero se podría epilogar de una manera más general remitiéndose a *El porvenir de una ilusión* para acercar por un lado la seguridad apreciada por los analistas en la exaltación de la idea de una libido primaria fundamentalmente “buena” en relación a un antagonista (menos bien precisado) fundamentalmente “malo” y, por otro lado, el reaseguramiento buscado en la noción de amor de esencia divino en el seno de las religiones judeo-cristianas en relación a un antagonista satánico...

Nuestras fuerzas instintivas violentas primeras no se preocupan ni de ser “buenas” ni de ser “malas”. Pertenecen a lo que Freud considera como el inconsciente primario insensible a las idas y venidas de la represión (secundaria). Las únicas trazas que conservamos evocan un peligro radical para la vida del sujeto y de los otros. Y agregamos nuestra culpabilidad secundaria erotizada.

Entonces buscamos un objeto secundarizado (edípico) para personalizar en el exterior el origen de esta violencia inadmisible... un “diablo” de algún modo.

Reducir el drama imaginario vivido por *todos los niños del mundo* solamente a las representaciones incuestionables pero secundarizadas de parricidio, de incesto y de castración pone en riesgo el constituir una ilusión mantenida en el seno de la religión psicoanalítica con inconvenientes evidentes para la dimensión de una teoría, de una clínica y de una terapéutica que aparecen como lejos de haber todavía dejado aparecer todo lo que les corresponde poner en evidencia...

Traducido por Mónica Serebriany.

Descriptores: Agresividad. Complejo de Edipo. Filicidio. Incesto. Instinto. Mito edípico. Parricidio. Protofantasía. Psicogénesis. Pulsión. Pulsión de dominio. Pulsión de muerte. Pulsión de vida. Violencia.